

mismo asunto una mayoría de ciento cincuenta votos.

Mostróse muy contenta, y pensando en su marido, reflexionó: «Luciano se alegrará cuando sepa que Guitrel ha sido nombrado obispo.»

XXI

—Que entre el padre Guitrel—dijo Lóyer.

En su despacho, detrás de los expedientes amontonados sobre la mesa, el ministro aparecía visible apenas. Era un viejecito con gafas y bigote gris, acatarrado, lloroso, picaresco y brusco, bondadoso y habiendo conservado entre los honores y el poder los modales de un pasante de bufete. Se quitó las gafas para limpiarlas. Tenía curiosidad por conocer á aquel padre Guitrel, candidato al episcopado, al cual recomendaba tan brillante cortejo de mujeres.

La bonita provinciana señora de Gromance fué la primera al Ministerio en los últimos días de Diciembre. Dijo, sin rodeos, que era manester nombrar al padre Guitrel obispo de Tourcoing. El viejo ministro, que todavía gustaba del perfume de la mujer, había conservado mucho tiempo entre las suyas la manita de la señora de Gromance, acariciando con un dedo—entre el guante y la manga—la parte del puño donde la piel es más suave bajo el conjunto azul de venas; pero no intentó nada más porque con la edad todo le

era difícil, y también por temor de parecer ridículo, pues tenía su amor propio. Pero seguía siendo erótico en palabras. Según costumbre, había preguntado á la señora de Gromance por el «viejo patriota». Así llamaba familiarmente al señor de Gromance. Sus ojos lloraban, al reirse, por todas sus arrugas, bajo los cristales azules de sus gafas.

La idea de que el «viejo patriota» era cornudo ocasionaba al ministro de Justicia y de Cultos una alegría verdaderamente desmesurada. Pensando en esto miraba á la señora de Gromance con más curiosidad, interés y encanto de lo prudente. Sobre las ruinas de su complexión amorosa, se consue trúa diversiones espirituales, de las cuales la mayor era reflexionar las desdichas del señor de Gromance, contemplando á su voluptuosa confeccionadora.

Durante los seis meses que fué ministro del Interior, en un gabinete radical precedente, había pedido al prefecto Worms-Clavelin notas confidenciales relativas al matrimonio Gromance; de modo que se hallaba muy al tanto de los amores de Clotilde, y saboreaba el goce de saber que eran numerosos. Acogió muy atentamente á la hermosa visita, prometiéndola estudiar con interés el expediente del padre Guitrel, sin comprometerse por esto á nada, pues siendo buen republicano no sometía los asuntos de Estado á los caprichos de las mujeres.

Luego la baronesa de Bonmont, el más hermoso descote de París, le había hablado en el Elíseo

en favor del padre Guitrel. Por último, la señora de Worms-Clavelin, la mujer del prefecto, monísima también, fué á decirle al oído una frase de recomendación para el buen padre Guitrel.

Loyer tenía curiosidad de ver con sus propios ojos al sacerdote que tantas faldas había puesto en movimiento.

Se preguntaba si no iba á encontrarse en presencia de uno de aquellos buenos mozos con sotana que la iglesia envía desde hace algunos años á las reuniones públicas y hasta á la Cámara de diputados, jóvenes, airosos, robustos y elocuentes tribunos, religiosos y rústicos, violentos y astutos, ensalzados por los cándidos y por las mujeres.

El padre Guitrel entró en el despacho del ministro, con la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, las manos cruzadas y el sombrero sobre el vientre. No tenía mal aspecto, pero el deseo de agradar y el respeto á los poderes establecidos hacían menos sensible el cuidado que mostraba por mantener su dignidad sacerdotal.

Loyer observó las tres papadas, la cabeza en punta, la barriga pronunciada, la estrechez de hombros, el comedimiento y la edad madura del sacerdote.

—¿Qué le encontrarán las mujeres?—pensó.

La entrevista al principio careció de interés por una y otra parte. Pero después de haber interrogado al padre Guitrel sobre algunos puntos de administración eclesiástica, y oído las res-

puestas del sacerdote, Loyer advirtió que aquel hombre hablaba claramente y tenía un concepto exacto de las cosas.

Recordaba que el director de Cultos señor Mostart, no se oponía al nombramiento del padre Guitrel para el obispado de Tourcoing. En verdad, el señor Mostart no le había dado referencias precisas. Desde que los ministerios clericales alternaban con los ministerios anticlericales, el director de Cultos apenas se ocupaba de los nombramientos de obispos. Este género de asuntos es muy delicado. Tenía una casa en Joinville, y era entusiasta de los jardines y pescador de caña. Su aspiración limitábase á escribir la historia anecdótica del teatro Bobino, cuyos buenos tiempos conoció. Envejecía y era sabio. Sólo sostenía con tenacidad sus propias ideas. La víspera había hablado á su ministro en estos términos: «Propongo al padre Guitrel, aun cuando el padre Guitrel y el padre Lantaigne, en el fondo son una misma cosa.» De este modo se había expresado el director de Cultos. Pero Loyer, legista viejo, hacía siempre sus distinciones.

Le pareció que el padre Guitrel tenía buen sentido y no era demasiado fanático.

—No ignora usted, señor cura—le dijo—que el difunto obispo de Tourcoing, el señor Duclou, últimamente estuvo muy intolerante, y en vez de ayudar al Gobierno ofreció dificultades al Consejo de Estado. ¿Qué opina usted?

—¡Dios mío!—respondió suspirando el padre

Guitrel—. Es cierto que monseñor Duclou, en el ocaso de su edad y de sus fuerzas, mientras que se apresuraba hacia las bodas eternas, dejó oír protestas desdichadas. Pero la situación de entonces era difícil. Ha cambiado mucho, y su sucesor podrá trabajar provechosamente apaciguando los ánimos. El camino está trazado. Conviene entrar en él resueltamente y recorrerle hasta el fin. Además, las leyes escolares y las leyes militares no ofrecen ninguna dificultad. Sólo subsiste, señor ministro, la cuestión de los religiosos con el fisco. Esta cuestión hay que reconocer que es singularmente importante en una diócesis como la de Tourcoing, sembrada, si me atrevo á decirlo, de institutos religiosos de todas clases. La he examinado muy detenidamente, y puedo, si el señor ministro lo desea, darle á conocer mis impresiones.

—A los frailes—dijo Loyer—no les gusta pagar. Esto es lo cierto.

—A nadie le gusta pagar, señor ministro—, repuso el padre Guitrel—y su excelencia, tan competente en cuestiones de Hacienda, sabe que hay un arte para pelar al contribuyente sin que chille. ¿Por qué no lo aplican á nuestros pobres religiosos, que son de sobra buenos franceses para no ser buenos contribuyentes? Observe, señor ministro, que se hallan sometidos: Primero, á los impuestos de derecho común.

—Naturalmente—dijo Loyer.

—Segundo, al de manos muertas—prosiguió el cura.

—¿Y se queja usted?—preguntó el ministro.

—De ninguna manera—respondió el padre—. Cuento nada más. Las cuentas claras hacen buenos amigos. Tercero, al impuesto del cuatro por ciento sobre las rentas de sus bienes, muebles é inmuebles. Cuarto, al derecho de acrecencia establecido por las leyes del 28 de Diciembre de 1880 y 29 de Diciembre de 1884. Solo este último impuesto, no lo ignora el señor ministro, produjo la resistencia de varias congregaciones que han protestado en algunas diócesis, de acuerdo con su pastor. La agitación no se ha calmado en todas partes. Y sobre este punto, señor ministro, me tomo la libertad de exponerle las ideas que dirigirían mi conducta si tuviese el honor de sentarme en la sede de San Loup.

El ministro, en señal de atención, volvió su butaca hacia el padre Guitrel, quien prosiguió en estos términos:

—En principio, señor ministro, condeno el espíritu de sublevación, critico las reivindicaciones tumultuosas y sistemáticas. No hago con esto más que conformarme con la Encíclica *Diuturnum illud*, en la cual León XIII, á ejemplo de San Pablo, recomienda la obediencia á los poderes civiles. Esto por lo que se refiere á los principios. Abordemos el hecho. En el hecho descubro que los religiosos de la diócesis de Tourcoing están colocados, respecto al fisco, en situaciones muy diversas, que hacen una acción común muy difícil. En efecto: se encuentran en dicha circunscripción

eclesiástica, congregaciones autorizadas y congregaciones no reconocidas, congregaciones consagradas á obras de asistencia gratuita á favor de los pobres, de los ancianos ó de los huérfanos, y congregaciones que sólo tienen por objeto una vida espiritual y contemplativa. Pagan impuestos diversos con arreglo á sus distintas naturalezas. Creo que la heterogeneidad de sus intereses destruye la resistencia si su obispo no forma por sí mismo el haz de sus reivindicaciones, lo cual por mi parte me guardaría muy bien de hacer si fuera su jefe espiritual. Dejaría, señor ministro, á los regulares de mi diócesis inciertos y divididos para asegurar la paz de la Iglesia en la República. En cuanto á mi clero secular—añadió el sacerdote—respondería de él, como un general responde de sus tropas.

Después de hablar así el señor Guitrel, se excusó por haber desenvuelto tan extensamente su pensamiento y abusado de los preciosos instantes de su excelencia.

El viejo Loyer nada contestó, inclinando la cabeza en señal de asentimiento, porque opinaba que Guitrel, á pesar de ser un fanático, no era muy mala persona.

XXII

Habiendo despedido su coche, la señora de Bonmont se hizo conducir en uno de plaza á la calle del Barrio de Europa, donde era feliz con

Rara oyendo los ruidos de los camiones y los silbidos de las máquinas.

Hubiera preferido jardines; pero no se ama siempre bajo los mirtos al murmullo de las fuentes. Por las calles, donde se encendían las luces entre la bruma de la noche, la señora de Bonmont tenía pensamientos tristes. En verdad se alegraba de que hubieran nombrado al padre Guitrel obispo de Tourcoing. Pero esta alegría no llenaba su alma. *Rara*, con su humor sombrío y sus apetitos feroces la desesperaba.

Iba temblando á sus citas, cuya hora esperaba en otro tiempo con tanto ardor. Naturalmente confiada y tranquila, ya temía por él, por ella, peligros desconocidos, una catástrofe, un escándalo. El estado moral de su amigo, que nunca la satisfizo, se había agravado de pronto. Desde el suicidio del coronel Henry, *Rara* se había puesto insufrible. La sangre envenenada le roía la piel como el vitriolo, señalando su frente, sus parpados y sus mejillas con un humo de azufre y de fuego. Por razones desconocidas cuya obscuridad no penetraba, su idolatrado amante no compareció en los últimos quince días por la casa que había elegido frente á Moulin-Rouge, y que era su domicilio legal. Se mandó llevar las cartas y recibía á sus visitas en el entresuelo alquilado por la señora de Bonmont con bien diferente objeto.

Subía lenta y tristemente la escalera; en el umbral de la puerta, su corazón tuvo la esperanza de encontrar al *Rara* delicioso de los primeros días.